



co de luchas por un capital específico que permitieron estructurar un espacio social.

**Ezequiel Saferstein**  
(CeDInCI-UNSAM/CONICET)

A propósito de Moyn, Samuel & Sartori, Andrew (eds.), **Global Intellectual History**, New York, Columbia University Press, 2013, pp. 342.

“El triunfo de la civilización en singular no supone el desastre de los plurales. Plurales y singulares dialogan, se agregan y también se distinguen...”. En este enunciado de Fernand Braudel se condensa, en buena medida, la problemática relación entre unidad y diversidad como punto de partida de un debate respecto de los efectos de la globalización/mundialización en las Ciencias Sociales y Humanas. Los debates sobre la vigencia de una historia mundial, internacional, transnacional o global no han dejado de multiplicarse a partir de la década de 1990. Como lo advierten Samuel Moyn y Andrew Sartori en la introducción de su libro, esas consideraciones lejos están de ser novedosas. Especialmente la historia intelectual se presenta como un ámbito donde las perspectivas “naciocéntricas” han sido dominantes.

La compilación **Global Intellectual History** ofrece una hoja de ruta posible para recorrer los distintos avances realizados desde la historia intelectual, en relación a las dimensiones espaciales y temporales que supone su práctica. El libro organizado por Moyn y Sartori, que es el resultado de una serie de conferencias realizadas en New York en 2010, pone de manifiesto buena parte de los desafíos propios de las reflexiones que toman la categoría de “lo global” más como un supuesto conceptual que como un punto de llegada de la investigación. El capítulo inicial “Approaches to a Global Intellectual History”, sirve de marco general sobre el cual se recortan las aproximaciones específicas que completan el resto del volumen. Moyn y Sartori señalan allí los principales antecedentes de una “historia intelectual global” a la luz de la tradición “excepcionista” que campea en la producción historiográfica estadounidense. El descentramiento respecto de los casos nacionales contribuiría, a su vez, con una ampliación de los objetos de estudio: de una “historia de ideas” a una indagación sobre el rol de los mediadores culturales, la constitución de redes de contacto, la importancia de la traducción y el cambio conceptual. (p. 9).

La centralidad de las trayectorias sociales de los intermediarios culturales es explorada por

Vanessa Smith y Janaki Bakhle. Smith, en la línea de Mary Louise Pratt, analiza la literatura de viajes a fines del siglo XVIII en el caso de Joseph Banks y sus viajes por el Pacífico. Smith sostiene que antes que una figura intelectual destacada, Banks fue un agente central en la difusión de saberes, prácticas culturales y lenguajes dada su capacidad de colocarse como vértice de una “red de conocimiento” que nucleaba la metrópolis y los diversos territorios por él visitados (p. 82). Bakhle, en su texto sobre el intelectual nacionalista indio Savarkar, enfatiza la importancia de estudiar aquellas “ovejas negras”, figuras intelectuales y políticas apartadas del canon académico y cultural.

La problemática específica sobre la historia de los conceptos es abordada por Sheldon Pollock, Christopher L. Hill, Cemil Aydin y Andrew Sartori. En los cuatro textos, las reflexiones buscan poner en discusión nociones caras a la tradición occidental a partir de los límites que la escala global les impone. En la línea de Ann Laura Stoler, Dipesh Chakrabarty y la crítica postcolonial, los autores delimitan los retos que plantean los procesos de irradiación de conceptos en universos sociales diferentes a aquellos donde fueron producidos. Pollock discute los alcances de un concepto como el de modernidad cuando es pensado desde realidades como la de India, identificando diversos modos de “cosmopolitismo premoderno” articulados por el sánscrito. En términos similares, Aydin propone una indagación de la “identidad musulmana” como categoría que permitió reunir colectivos de regiones y tradiciones culturales diferentes en torno a una religión común. Hill, por su parte, rastrea los derroteros de conceptos europeos tales como “civilización” o “sociedad” en su recepción japonesa durante el período Meiji. Finalmente, Sartori a partir de su investigación sobre la “diseminación de los textos canónicos de la economía política” en India y el sureste asiático, reclama la necesidad de precisión empírica de los contextos de recepción del materialismo histórico en ámbitos de dominación colonial. Esos contextos, sostiene, suelen ser presupuestos desde la mirada occidental. Una “historia de los conceptos de la economía política” debería atender a las lógicas específicas de recepción más allá de las disciplinas y a las re-elaboraciones localizadas de aquellos saberes.

El volumen concluye con dos reflexiones finales a cargo de Sudipta Kaviraj y Frederick Cooper. Ambos casos presentan balances sobre las perspectivas futuras de una historia intelectual global aunque con diagnósticos y

horizontes diferentes. Kaviraj invita a recolectar las preguntas clásicas de los estudios sobre intelectuales e ideas bajo el nuevo prisma que ofrecería la reconsideración de una “globalidad de diferentes ritmos y niveles”, proceso de universalización de saberes y prácticas que podría rastrearse, como lo hace Stuurman en su capítulo, durante varios milenios. Las peculiaridades de la “globalidad moderna” (p. 301) serían las contradicciones que le son inmanentes, tanto en su extensión territorial sin precedentes como en la variedad de contextos de recepción que se generan. En ese sentido, Cooper llama la atención sobre cuán global es la historia que muchos proclaman. ¿Puede ser “global” la historia intelectual? Cooper parece optar por la *histoire croisée* francesa sensible a los efectos contradictorios producidos por las fuerzas “globalizantes”: mayor interconexión a la vez que mayor fragmentación.

Más allá de los aportes indudables que el libro de Moyn y Sartori reporta sobre los problemas de escala geográfica y los debates metodológicos de una historia intelectual “global”, es significativo el “provincianismo” de las discusiones allí desarrolladas. Con escasa, o nula, referencia a la voluminosa producción allende el mundo universitario estadounidense, el libro queda preso de los límites nacionales que disciplinadamente pretende superar: sólo tres colaboradores no pertenecen a la academia norteamericana. En su afán programático, el libro no muestra fehacientemente la “pluralidad” de perspectivas que los editores anuncian dentro de la historia intelectual global sino, más bien, un coherente concierto de “singulares”.

**Ezequiel Grisendi**  
UNC / IDACOR-CONICET

A propósito de Mariano Siskind, **Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America**, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2014, 357 pp.

En un contexto académico cada vez más dominado por la producción fragmentaria de artículos que se sitúan cómodamente dentro de las fronteras establecidas, la publicación de una intervención crítica que no le teme a cierta totalidad es un acontecimiento feliz y necesario. Ya en el recorte de su objeto **Cosmopolitan Desires**, el fascinante libro de Mariano Siskind, supera los límites estrictamente nacionales al proponer una cartografía de los